

FAMILIA



MARZO

1910

Nº 3

UN PESO

Diario de una Mujer Chilena

Febrero de 1910

NO se puede negar que Viña es, para nosotras las mujeres, un pequeño rincón del Paraíso, pero de un Paraíso elegante, perfumado con agua de Colonia ó con esencia de miosotis, sin serpientes de ninguna especie—á pesar de la comparación poco galante de ciertos poetas entre las mujeres bonitas y el temible reptil. Por desgracia, tampoco ha podido descubrirse el árbol de la ciencia del bien y del mal, ni en el Paraíso, ni en Viña del Mar, ni en parte alguna. Con el tiempo se ha ido transformando un poco la noción de las cosas, para nosotras las mujeres, y también han cambiado los principios morales; por eso, ahora, para nosotras, el bien consiste en ser hermosas y admiradas y el mal en no serlo.

En este momento el sol juguetea por entre las ramas de los árboles y salta, como un duende, sobre las matas de rosas, los geranios, los claveles, los arbustos, los rododendros, y se columpia entre las ramas de los árboles con sus gavillas de oro. Un soplo de frescura surge de la lluvia fina de las mangueras con las cuales riegan los jardineros este inmenso y continuado jardín, jardín de exquisitos perfumes, de chalets pintorescos, de seres humanos, de ojos negros, de cabellos rubios, de alegría fácil. Apenas han transcurrido unos pocos años, y ya la obscura é improvisada aldea de costa, que fué de los Carrera y más tarde del señor Alvarez, se ha transformado en una admirable ciudad cosmopolita, en un balneario elegante y de primer orden, en centro del lujo chileno.

Mi mamá me ha contado que, hace algunos años, el único paseo aquí era el ir á la estación, á esperar la llegada de los trenes, y á ver desembarcarse á los viajeros, tomando nota de quiénes llegaban y de quiénes nó, y de qué trajes y vestidos se ponían. Un caballero alto, flaco, de ojillos pequeños y penetrantes, se paseaba con las manos á la espalda, y jamás perdía la llegada de ningún tren, mirando con curiosidad á las muchachas bonitas. Era don José Joaquín Pérez, antiguo Presidente de la República.

—¡Lo que es la vida! exclamaba una señora. Quién hubiera dicho que veríamos á don Joaco pasar de Presidente á jefe de estación...

Allí, en ese estrecho recinto, frente al chalet que ocupaba don Encarnación Fernández, y que después fué del Presidente Balmaceda, y por último un hotel, allí se paseaban los veraneantes de Viña. Yo corría en todas direcciones, gritando con las chiquillas de mi edad. Todavía no se había inventado la palabra "pololeo" pero se practicaba más ó menos como ahora, sin tregua ni reposo, y las calabazas solían ser tan abundantes como en nuestros tiempos;—es esa una planta fecunda y al parecer inagotable.

No existía todavía el lujo. Se usaban mucho los trajes de percal, y las niñas no empleaban los peinados de tres y cuatro plés, con peluquines, y qué sé yo cuántas historias y enredos. Nuestro gran placer consistía en irnos á Valparaíso en el tren de 2.20, á tomar helados á una pastelería en la esquina de la Plaza de la Victoria. Ibamos acompañadas de jóvenes que tenían la buena costumbre de pagar los helados y regalarnos, además, paquetes de dulces atados con cintas. Cuando algún buque de guerra extranjero llegaba á la bahía, íbamos á visitarlo en bote, y se armaba un paseo. Cuando las visitantes eran bonitas solía resultar alguna *matinée*. Recuerdo una que dieron en "Las Navas de Tolosa", fragata española que vino después de la guerra del Perú, á restablecer las relaciones con la madre patria. Los oficiales eran muy buenos mozos y atentos. Algunos obsequiaron á las visitantes frasquitos de perfumería y baratijas elegantes. ¿Quién hubiera creído que esos jóve-

nes que valsaban tan bien y que hacían la corte á las jóvenes de entonces, irían á concluir tan desastrosamente en Santiago de Cuba? Nuestras mamás, sin embargo, estaban convencidas de que el saber bailar era la condición más importante de un marino. Ahora parece que dan más importancia á los cañones y á las punterías.

Pero en aquellos tiempos, el mejor elogio que se podía hacer de un joven era decir que era teniente de marina y que valsaba muy bien.

¡Qué paseos tan entretenidos aquellos, señor, y qué bonitas chiquillas asistían á ellos! Recuerdo á la Elena Ovalle, la Keta Vergara y la Lucha, la Emilianita Concha y la Elena, Leonor Sánchez, Javiera Ortúzar, Inés Echeverría, Aurelia y Enriqueta Figueroa, Anita Ovalle, Nieves Huidobro, Inés Larraín y tantas otras que no recuerdo ahora y que brillaron muchos años después del paseo á "Las Navas de Tolosa", memorable por el magnífico discurso de Eduardo de la Barra y por la gran fiesta y las peloterías y enredos que siguieron al baile.

En aquel tiempo nos divertíamos en grande. La vida y los trajes tenían algo de patriarcales y de sencillos, comparados con los de ahora. Las mamás nos seguían de cerca á las fiestas y paseos, todas ellas armadas de capota y de capa con brillo, de más peso que un acorazado de esos que llaman *Dreadnoughts*. Pero nos perseguían, á pesar de toda su lentitud, como si fueran cruceros. Vivían pendientes de con quién estaría bailando la niña; teníamos obligación de presentarles á los jóvenes con quienes bailábamos, y si no les agradaban, nos esperaban sendos pellizcos, á la vuelta, en casa. Recuerdo á un joven empleado en una casa de comercio de Valparaíso, por cuya causa anduve más de un mes con los brazos azules. Mi mamá lo encontraba *siútico*, á pesar de que á mí me parecía tan buen mozo y elegante. Pero las niñas de entonces éramos sumisas. Nos resignábamos con facilidad á la tiranía de nuestros padres, que ponían el veto á ciertos jóvenes con tanta facilidad como don Pedro á ciertas leyes económicas. Y nosotras nos quedábamos, si no contentas, á lo menos resignadas. Y yo creo que en aquellos tiempos de autoridad paterna las cosas andaban muchísimo mejor. Es cierto que ahora, la niña soltera de aquellos tiempos se encuentra convertida en solemne mamá, aún cuando sin capota.

Recuerdo una historia de oposición famosa. La hija de un escritor muy conocido se enamoró perdidamente de uno de los jóvenes más elegantes de aquella época. Los padres no les dejaban descansar ni á sol ni á sombra, con una persecución tan feroz como desaplada. Les hacían la misma guerra que los ingleses á los boers, persiguiendo al joven como si hubiera tenido la peste bubónica. Nunca los portugueses han tenido mayor trabajo para aislar á los enfermos de fiebre amarilla.

Un buen día, desaparecieron las trabas, cayeron las barreras, los padres, aburridos, dejaron de oponerse y el matrimonio se acabó... Los novios se fueron cada uno por su lado. Desde que había cesado la oposición, hallaron que la cosa no valía la pena.

La verdad es que los padres suelen tener una segunda vista para con los hijos; adivinan y presienten lo que habrá de ocurrirles más tarde; se adelantan al tiempo. El corazón es un gran buzo, que se hunde en las profundidades del mar de la vida, y los hijos deberían respetarlo.

Pero veo que mi diario se ha convertido en una página de recuerdos más que de actualidades. Después del viejo Viña del Mar, me ocuparé del nuevo, con sus rumores, habillitas y comentarios.

PEPITA JIMÉNEZ